

Perú: repensando un país

La confrontación bélica entre Perú y Ecuador por un puñado de kilómetros —exactamente 78 de frontera sin delimitar— ha puesto a estos dos países colindantes en estado de actualidad. Perú, además, tiene previsto celebrar elecciones presidenciales el 9 de abril próximo. Ante estos cercanos comicios, el autor examina la situación política del país andino y las posibilidades de los dos candidatos a la presidencia. Pero, sobre todo, diagnostica los desafíos que urgen al Perú a corto plazo.

Ricardo Antoncich, SJ*

LAS elecciones presidenciales en el Perú tienen en 1995 características inéditas. Desde el retorno a la democracia, en 1980, las sucesivas elecciones han ido dejando un «mensaje»; el primero, reafirmar la voluntad popular re-eligiendo precisamente a Fernando Belaúnde Terry, el presidente depuesto por las Fuerzas Armadas en 1968; eligiendo luego a Alan García, del partido aprista vetado por los militares en varias ocasiones; y finalmente a Alberto Fujimori, sin tradi-

* Asesor de la CLAR. Lima (Perú).

ción política alguna, con un partido formado a última hora y que derrota al candidato de prestigio internacional por su fama literaria, Mario Vargas Llosa.

Pretendemos ofrecer algunas observaciones sobre este fenómeno y proyectar las tareas que el candidato deberá confrontar en el futuro.

De política partidaria al carisma personal

EL tradicional panorama político enmarcado por grandes partidos con definidas propuestas de gobierno, ha sido transformado radicalmente por otro escenario político-social: candidatos independientes de signo carismático. ¿Será una de las causas la posible desconfianza frente a los partidos tradicionales por sus efímeras promesas electorales y que han frustrado a las mayorías populares? Creo adivinar también otra causa más profunda: la necesidad de una figura simbólica, que atraiga por su carisma de liderazgo a las masas y las dinamice para una acción conjunta en un contexto nacional bastante deteriorado por crisis económicas y políticas.

En el triunfo de Fujimori sobre Vargas Llosa se da una convergencia de posibles razones: el carácter más «popular» del candidato, que no es heredero de una familia tradicional, sus propuestas independientes frente a compromisos partidarios ya adquiridos, su gestión eficiente como rector de la Universidad Agraria; y, por reacción, el temor al retorno al poder de los sectores conservadores de la sociedad amparados por la candidatura de Vargas Llosa.

La importancia del símbolo carismático para las futuras elecciones en abril de 1995 parece acentuarse; junto con los tradicionales candidatos partidarios, se perfilan los dos candidatos principales y uno tercero, que parece querer renovar el «fenómeno Fujimori» conquistando el poder de su magnetismo personal: Alejandro Toledo.

La primera vuelta electoral se inició en el mes de octubre de 1994 con la candidatura de 27 ciudadanos, espectro excesivamente amplio, reducido a 15 oficialmente reconocidos, después del severo examen de la autenticidad de firmas de apoyo.

Los dos candidatos que se perfilan como sobrevivientes de una primera vuelta son Fujimori y Pérez de Cuéllar. Si hemos añadido una tercera figura es por el interés que está suscitando la figura de un joven can-

didato, Alejandro Toledo, de origen netamente popular y humilde, que ha pasado de las condiciones de penuria en su escasa formación, en el Perú, a su grado de Doctor en Economía de la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. Su discurso político, lleno de veracidad y de simpatía por los más pobres, y al mismo tiempo respaldado por su cualificación académica, gana crecientemente adeptos y este hecho no hace sino confirmar la hipótesis de que el pueblo está buscando líderes de identificación más que de propuestas diferenciadas. Su propuesta de favorecer las oportunidades educativas, en lo que él tiene experiencia; de crear empleos, no a costa del Estado sino de inversión nacional y extranjera, y de favorecer la descentralización administrativa, entre otros puntos, parece sensata; no pretende una revolución soñadora. Con todo, parece poco probable su triunfo en estas elecciones, cuando el debate parece limitarse a la alternativa Fujimori-Pérez de Cuéllar.

Los dos candidatos fuertes, a la «segunda vuelta»

LOS dos candidatos que con mayores probabilidades se enfrentarán en una segunda vuelta son Alberto Fujimori, actual presidente, quien tiene el derecho —conforme a la nueva Constitución respaldada por referéndum popular— a un segundo ejercicio de su mandato presidencial, y Javier Pérez de Cuéllar, antiguo secretario general de las Naciones Unidas, quien por su prestigio internacional es capaz de aunar muchos sectores que se opondrían a un segundo mandato de Fujimori.

Si tomamos los dos candidatos principales encontraremos en ellos un simbolismo interesante. Hay que recordar que el Perú es un país de grandes contrastes raciales; una minoría blanca, una relativa mayoría indígena con un notable intermedio de población mestiza. En esta mescolanza de razas, irrumpe de pronto un candidato de procedencia oriental, del Japón, que en términos cuantitativos corresponde a un ínfimo porcentaje de la población.

Sin pretender explicar su triunfo electoral, en las elecciones pasadas, por un consciente deseo de simbolizar lo asiático, de hecho su elección ha constituido el primer caso de un presidente latinoamericano de clara

ascendencia japonesa. El eje del Pacífico se vuelve así, en la política peruana, más significativo que el del Atlántico, porque indudablemente, muchos de los acuerdos económicos, financieros y comerciales que se han realizado en este lustro, han sido facilitados por el carácter étnico del presidente. Podemos preguntarnos, pues, por el significado que tiene el protagonismo de un presidente de ascendencia japonesa en la política latinoamericana. Japón se ha puesto a la cabeza del desarrollo tecnológico y, con Alemania, muestra un influjo mundial que no pasa por el poderío militar. Más aún, los países perdedores de la Segunda Guerra Mundial se han recuperado económicamente, teniendo muchos elementos en contra. Por otro lado, su forma particular de capitalismo puede plantearse como alternativa al modelo de los países noratlánticos. ¿Es Fujimori un signo anticipado del papel político que puede jugar Japón en el futuro? ¿Sería pensable un papel similar en Brasil, nación muy unida al Japón por la migración japonesa? Se diría que el papel diplomático del Japón y de otros países asiáticos en la política peruana ha sido, sin embargo, discreto, lo cual ha evitado reacciones étnicas que algunos grupos políticos hubieran querido y sabido explotar.

El otro candidato también reviste un carácter simbólico: Javier Pérez de Cuéllar es una figura internacionalmente conocida, activamente comprometida durante su gestión en las negociaciones por la paz mundial. Su triunfo en las futuras elecciones podría encarnar, tal vez, el deseo de un pueblo de contar más en la escena del mundo.

Los dos candidatos se presentan con una trayectoria atrayente. Fujimori consiguió sacar al Perú del profundo abismo de postración del gobierno de Alan García y de la violencia terrorista, una de las más salvajemente violentas del mundo. Consiguió una inusual estabilidad monetaria (factor no despreciable en la política interna, como lo demuestra el caso del Brasil con la elección de Fernando Henrique Cardoso por el éxito de su «Plan Real», nombre de la nueva moneda) y una parcial victoria sobre el terrorismo, que tuvo su más notable expresión en la captura incruenta del líder máximo Abimael Guzmán. En ambientes donde la represión y violencia militar y policial poco se distancia de la violencia terrorista, la captura del líder senderista se consiguió sin un solo tiro y gracias al trabajo paciente y científico de los organismos policiales, con meses de verificación de datos sueltos.

Los dos aspectos más claros de la popularidad de Fujimori tienen sin embargo sus limitaciones. La estabilidad se fundamenta en la sumi-

sión a las condiciones financieras internacionales, a las directivas del neoliberalismo reinante; y la violencia de la miseria, hambre y desempleo, sigue existiendo como caldo de cultivo de otras violencias. No hay que pensar, pues, en un Fujimori revolucionario, con planteamientos de izquierda, sino en una persona querida por el pueblo, como resultado de gestos populistas de contacto inmediato y de carácter paternalista.

Javier Pérez de Cuéllar se ha presentado como candidato con un excelente recurso a los signos comunicativos de raigambre popular: entra por el Sur Andino, queriendo mostrarse solidario del campesinado indígena, de los pueblos marginados por el centralismo de la capital; y aparece en Lima por la entrada de uno de los barrios más populares y de historia militante en las últimas tres décadas, desde su fundación: Villa Salvador.

Tareas para un futuro

LAS promesas de los candidatos, si son realistas, pueden centrarse en la transformación de algunos puntos básicos de la política interna; pero sea cual fuere el ganador, hay un conjunto de elementos que sobrepasan su poder y capacidad de iniciativa. En todo caso es difícil a corto plazo conseguir un sentido de identidad nacional con tanta diversidad étnica, cultural y de intereses sociales.

En lo social y cultural, el Perú arrastra una larga deuda: el país se ha construido, a lo largo de toda su etapa colonial y sobre todo desde la Independencia, de espaldas a la realidad andina. Los descendientes de los incas, los quechuas y los aimaras han sido y son todavía los grandes ausentes de la conciencia nacional. Hay un «Perú folclórico» de bellos paisajes en la ciudad del Cuzco, en Machupichu y otros nombres mundialmente conocidos, con ruinas históricas de gran valor, pero ese Perú tiene escaso peso en el país moderno, poca integración real y cultural. Crear el sentido de unidad es un desafío muy grande.

En los aspectos políticos y económicos el candidato ganador tendrá que enfrentarse con una realidad mundial que se impone: el sistema neoliberal de planetarización del mercado. El sistema nos coloca ya en el puesto fijo de exportadores de materias primas y poca competitividad para el mercado sofisticado moderno. Además el proyecto neoliberal, más allá de la neutra apariencia económica de sus planteos, introduce

subrepticamente un mundo de valores, que son ciertamente muy funcionales para los objetivos del mercado mundial, pero altamente disgregadores de los otros valores que identifican a un pueblo y que lo unen en la lucha común por vivir con dignidad y sentido el futuro.

El proyecto planetario neoliberal adquiere en el Perú características de particular agresividad debido a que este país se ha distinguido del resto de las dictaduras militares de las décadas del 60 y 70, por el signo de transformación social del gobierno de Velasco Alvarado; los militares no jugaron el papel de represores de luchas populares ante el miedo del marxismo, sino que confrontaron el problema del subdesarrollo y de la independencia; dieron al Estado un papel protagónico en la economía, iniciaron una reforma educativa consonante con los nuevos valores de solidaridad que se querían establecer. El experimento socializante se cortó por la decisión de las propias Fuerzas Armadas, con gran satisfacción de los sectores acomodados, y la casi total pasividad popular, que no se sintió protagonista de un proceso impuesto verticalmente.

Decimos que el proyecto neoliberal asume características de agresividad porque, a los procesos de privatización que en todas partes son secuela de dicho proyecto, se suma el profundo resentimiento de los sectores sociales más adinerados, frente a la experiencia velasquista. Estos sectores juzgan esta experiencia como la culpable de los estancamientos económicos y políticos. Con esta fácil inculpación, los problemas anteriores y posteriores al gobierno militar quedarían exonerados de responsabilidad histórica. Y esto no es exacto.

Como todos los países latinoamericanos, el Perú se encontró en los años sesenta en el marco de cambios económicos y sociales que parecían prometedores: Alianza para el progreso, con una renovación y modernización de las estructuras económicas, esperanzas en las democracias políticas; interna renovación de las fuerzas espirituales de la Iglesia. Se hablaba de «desarrollismo» como la fórmula que nos permitiría resolver los problemas e integrarnos en el ritmo acelerado de los países ya desarrollados.

Pero durante esta década comienza una nueva dirección en la interpretación de los problemas: la causa no es el subdesarrollo que es simple sub-efecto del modelo de desarrollo internacional. Todos los países han sido pre-desarrollados, antes de entrar en el moderno progreso; pero la entrada ya comenzó siendo desigual y las ventajas de los que entraron primero se perpetúan en los procesos mucho más acelerados de los países

desarrollados, frente a la lentitud de los otros países en vías de desarrollo; si en el pre-desarrollo todos los países son iguales, desde el desarrollo se produce como efecto colateral otro proceso de subdesarrollo de los países en desventaja.

La teoría de la independencia viene a cuestionar el desarrollismo esperanzador. Los países desarrollados, que se presentaban como meta del proceso de crecimiento económico, mostraban, a su vez, no haber resuelto todos los problemas sociales; es verdad que podían decir que la pobreza se reducía a minorías, pero allí estaba a pesar de todas las reformas sociales. En nuestro caso la pobreza afectaba a la mayor parte de la población.

No hay que creer que la teoría de la dependencia surgiera de extremas posiciones ideológicas. Su nacimiento se da en la CEPAL, Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas. Era una teoría basada en una estricta racionalidad capitalista, aunque con la finalidad de fortalecer grupos de países con poder competitivo en el mercado mundial, pero bajo las estrictas reglas del mercado; en cierto sentido, para acomodarse al capitalismo de fuera había que ser menos capitalista por dentro, es decir, favorecer la participación del Estado en la economía, difundir la propiedad, sobre todo agraria, pero en forma cooperativizada, control financiero, etc.

La lucidez crítica apuntaba a poner en la dependencia una de las raíces fundamentales de nuestra situación económica, y en la solidaridad internacional de países latinoamericanos, algunas pistas de solución. Todo esto es perceptible en la década de Medellín, donde la solidaridad internacional de la Iglesia católica en América Latina parecía adelantarse a las utopías económicas, sociales y políticas de una «Patria grande».

El Perú fue tal vez el único país latinoamericano que ve iniciarse la década de los setenta con un favorable clima para los cambios sociales, después del golpe militar de Velasco Alvarado y su ideología centro-izquierdista: reforma agraria, reforma de la educación, reforma de la empresa por la propiedad social.

Por parte de la Iglesia católica, que siempre ha jugado papel protagonista en la historia política del Perú, también se daban condiciones ideales: renovación conciliar, esperanzas y proyectos de trabajo inspirados en Medellín, revitalización pastoral. La teología de la liberación, cuyos gérmenes se encuentran en Medellín, comienza a desarrollarse mostrando la urgencia evangélica de la opción por los pobres, con la necesidad de

concretar esta opción espiritual en la acción comprometida de los cambios sociales. Era necesaria una auténtica liberación consistente en la participación real y efectiva de las masas populares en la economía, en las decisiones políticas, en la educación, en todos los aspectos de la vida.

¿Qué pasó con esas ilusiones algunos años después? Tras los años de dictadura militar, con su revisión dentro de la propia institución castrense, se alimentan las esperanzas en la democracia política. Dos gobiernos democráticos se suceden. En ellos se fue haciendo patente el deterioro causado por la corrupción, la *inorganicidad* de los proyectos de cambio, y un nuevo factor que vino a tocar fuertemente la sensibilidad popular: el terrorismo.

El terrorismo surge en el Perú cuando ya han sido dominados los focos en otros países. Sendero surge como fenómeno, por nacer en el contexto más abandonado del país, y tocando muchas de las fibras culturales del mundo campesino. Tenía un campo fértil para la indoctrinación revolucionaria; muchos jóvenes idealistas y un país necesitado de cambios urgentes.

La violencia revolucionaria ha mostrado en el Perú signos de dureza particularmente llamativos; todavía hoy siguen apareciendo sus huellas en poblaciones de indios de la selva, sometidos a su control y poder, o asesinados en masa. Una de las plausibles explicaciones de la alta popularidad de Fujimori, sorprendente para quien la considera desde fuera del país, es precisamente la capacidad y habilidad para disminuir el terrorismo. Este punto es importante, porque tal terrorismo no tocó en realidad puntos vitales del sistema ni de las clases más poderosas (con excepción de algunos actos, muy salvajes y difundidos ampliamente por la prensa) sino que se mantuvo permanentemente como una amenaza a todo trabajo directamente popular: los líderes del pueblo que encarnaban esperanza y lucha por algo nuevo y distinto, pero que a diferencia de Sendero no recurrían a dogmas de violencia y destrucción, fueron el objetivo de procesos de exterminio, en forma sistemática, sobre todo en los «pueblos jóvenes», eufemismo que, en el Perú, encubre la realidad de miseria de las barriadas.

Puede decirse que un efecto indirecto, no ciertamente pretendido por el terrorismo, pero real en términos políticos de votación popular, ha sido el refuerzo de popularidad de Fujimori. Un índice de esta afirmación puede ser ofrecido a partir de los resultados del referéndum para la nueva Constitución. El mismo presidente, en campañas previas llegó a presentar

esta consulta popular sobre la nueva carta magna como un referéndum de su propia gestión, lo cual hizo que la oposición se moviera dinámicamente y consiguiera victorias significativas en los otros departamentos. El referéndum hubiera resultado un claro rechazo a la Constitución y a la obra del mismo Fujimori, de no haber sido por el peso de los votantes en Lima, la ciudad duramente castigada por el terrorismo de Sendero. Esta circunstancia es la que permitió a Fujimori contar con una pequeñísima ventaja en favor de la aprobación de la Constitución. El terrorismo aumentó, precisamente en Lima y en las fechas próximas al referéndum, sus campañas de aniquilamiento. Sus consecuencias fueron respaldar con las urnas la relativa tranquilidad que Fujimori había ido consiguiendo para los ciudadanos.

Si en la década del 70, el Perú parecía afirmar un camino propio, impuesto por la dictadura militar, pero que quería responder a los diagnósticos de intelectuales críticos sobre las estructuras internacionales que condicionaban el progreso nacional, ahora no aparece ningún signo de teoría o de planteamiento que quiera poner en relieve la especificidad de una situación tercermundista. La política y la economía parecen estar trazadas ya de antemano en un gigantesco plan mundial que es impuesto con criterios tecnocráticos, pero en donde poco o nada cuenta la voluntad popular. La legitimidad neoliberal, que junto con el juego del mercado debería defender también el derecho democrático de participación, carece de una apertura a las expresiones populares latinoamericanas y no tendría obstáculos para celebrar gobiernos dictatoriales si fueran eficientes en la programación económica, como el Chile de Pinochet. Todo esto hace muy relativas las expresiones de la voluntad popular en un debate político electoral. Pocas cosas pueden ser transformadas cuando las reglas de juego están ya dadas, desde fuera del país y dejan poco margen para la creatividad social y política.

Se critica la fragilidad de las democracias latinoamericanas, pero ella no deriva de la poca solidez de nuestras instituciones políticas, sino de la fuerte ligazón que existe en el mundo moderno entre la esfera política y la económica. Las gestiones de gobierno político son constantemente evaluadas por sus resultados económicos y a corto plazo: metro de medida que lo impone la sociedad de consumo que despierta la urgencia de ver inmediatamente satisfechos los deseos. La fragilidad democrática, en el Tercer Mundo, será una constante permanente de las imposiciones internacionales de la banca y de los organismos de financiación; tales institu-

ciones se ciñen estrictamente a sus dogmas económicos y no atienden a los efectos antipopulares de sus recetas, dejando a cada gobierno nacional cargar con las consecuencias.

Pero hay algo peor que la fragilidad institucional política y es el terrorismo que ya hemos mencionado. Lo paradójico es que la racionalidad desestabilizadora del terrorismo consigue efectos contrarios a sus fines.

En caso del triunfo de Fujimori, todos estos factores habrán de ser tenidos en cuenta. Por otro lado, su campaña populista ha sido precisamente tratar de aliviar las consecuencias negativas de las políticas antipopulares del neoliberalismo, mediante acciones (vg., escuelas, hospitales) de inmediato alcance y que han beneficiado sobre todo a los sectores populares de la gran Lima, aumentando todavía más el centralismo de un país cuya macrocefalia es extremadamente notoria.

Por otro lado, el triunfo posible de Pérez de Cuéllar tendría una excelente plataforma de negociación con los organismos internacionales de crédito, que podría revertir en mejoras populares en el caso de seguirse las realizaciones a lo que por ahora son promesas electorales. Muchos años de política internacional pueden haber dado suficientes horizontes sobre la tarea política, sin el estrechamiento de las prácticas «criollas» en el gobierno de la res pública. Claro que hay que advertir que los horizontes del líder pueden no coincidir con las estrechas finalidades y la corrupción de sus colaboradores, cáncer que amenaza a todos los candidatos y todos los partidos.

El futuro gobernante tendrá que continuar la tarea de la pacificación nacional, controlar la corrupción, y desarmar los espíritus que han llegado a hacer de la «violencia» el camino de solución de los problemas. Recientes hechos en el semestre pasado siguen siendo señal de alarma: arbitrariedades de algunos policías, sin su debida sanción, como el policía ebrio que mata a varios niños inocentes (una de ellas había escrito en su cuaderno de tareas escolares ese mismo día «sin la vida nada tenemos, Viva la vida»); otro que conduciendo en estado de ebriedad —constatable a simple vista en las imágenes de la televisión— atropella a un anciano y es, sin embargo, liberado por la policía, porque es ella la que hace el control ético; la complicidad de políticos del Congreso, y altas personalidades del ejecutivo, que permitieron la fuga de Carlos Manrique, el multi-millonario estafador de una institución financiera, CLAE, en la cual depositaron sus ahorros miles de ciudadanos.

La imagen de un gobernante se va tejiendo de lo cotidiano y también

de lo proyectable a mediano y largo plazo. Lo que el pueblo espera al depositar su voto es el legítimo derecho a la vida y a los bienes que la sostienen y protegen, y esto para todos y cada uno de los ciudadanos.

Detrás de las crisis económicas y políticas se esconde, sin embargo, la otra crisis más fundamental de los valores en la sociedad. Allí las fuerzas religiosas tienen un aporte considerable.

Tareas de un compromiso cristiano

AMÉRICA Latina se encuentra, todavía, en una etapa de su historia donde lo religioso es factor aglutinante y generador de sentido. A pesar de la crítica de intelectuales y de la presión forzada de ateísmo militante del marxismo, se mantiene una notable presencia de la religiosidad popular. En el mes de octubre se realiza en Lima una de las procesiones religiosas más notables del mundo, la del «Señor de los Milagros», que los emigrantes peruanos ya están trasladando hasta las elegantes avenidas de Nueva York. La petición más insistente de los devotos, según los reportajes periodísticos, ha sido «La paz en el Perú y en el mundo».

Esta fuerte reserva de religiosidad popular puede variar los pronósticos que apuntan a una sociedad secularizada, donde el papel de las iglesias va a ir privatizándose y volviéndose irrelevante en el pluralismo de la sociedad, o, por el contrario, ser elemento de estabilización moral, dentro de un sano ecumenismo respetuoso de todas las creencias, pero también afirmativo de la propia identidad.

La Iglesia católica tiene el inmenso deber de recoger las esperanzas de los pobres, las expresiones de su fe y religiosidad y educarlas para un mundo que está ya a las puertas.

Esta conciencia ha ido creciendo, sobre todo desde la Conferencia de Medellín. En la década del 70 se dan condiciones muy favorables para cambios políticos y al mismo tiempo también la Iglesia vive su «primavera» de los frutos conciliares. Grandes figuras episcopales, como el cardenal Landázuri, y los obispos José Dammert, Luciano Metzinger, Luis Bamba-rén, Germán Schmitz, y tantos otros, fueron protagonistas de profundos cambios en la pastoral, en la acción social de la Iglesia y, algo que para el pueblo tiene profundo significado, en el estilo de pastores cercanos a

los pobres. Todo el conjunto de la Conferencia Episcopal Peruana publicó valientes tomas de posición.

La década siguiente iba a revelar, sin embargo, las divisiones en el Episcopado a propósito de la Teología de la Liberación. Una Conferencia de todos los obispos del Perú convocada a reunirse en Roma, en estrecho contacto con el Papa, se reflejó en un documento que quiso poner fin a los debates. Sin embargo, algunos obispos siguieron hostigando esta teología, a pesar de este documento que se consideraba conclusivo.

Gustavo Gutiérrez, el reconocido autor de esta teología, y otros teólogos que han acompañado este proceso, han centrado sin embargo la discusión: la controversia teológica es problema secundario frente a los problemas reales del pueblo, de los pobres que están allí y a quienes el Evangelio nos convoca a dar prioridad. Los problemas epistemológicos de relación entre ciencias sociales y teología, de conflicto de las ideologías y programas de acción no pueden desviar a la Iglesia de sus deberes prácticos frente a la realidad maciza, gritante, de la miseria del pueblo. Centrada en este punto real, la Iglesia no podía detener su marcha en la opción preferencial por los pobres, sobre todo cuando abundaron, precisamente a fines de los ochenta e inicios de la presente década, tantas manifestaciones del Magisterio de Juan Pablo II apoyando decisivamente la opción por los pobres.

En este sentido, es posible afirmar que la conciencia cristiana está clara, al menos en importantes sectores de la Iglesia: es el compromiso con el pobre, desde donde la Iglesia ayuda a construir una sociedad a través de los compromisos políticos; esa opción preferencial, pero no excluyente, es el eje de todas las acciones, el horizonte desde donde debe evaluarse la rectitud de las propuestas electorales, la autenticidad de los candidatos y la militancia de los creyentes.

Resta por ver, en el futuro próximo, los resultados de las elecciones e interpretar su significación; en el caso de un Fujimori triunfante, el mundo de los pobres tiene el derecho de exigir una acentuada política social, después de las concesiones a la banca internacional, una incuestionable gestión de honestidad a todos los niveles, una descentralización del poder, pero al mismo tiempo las instancias que permitan corregir los abusos de poder a que puede dar lugar esa misma descentralización.

El caso de Pérez de Cuéllar, el pueblo tiene derecho a esperar la coherencia de los hechos futuros con las promesas actuales, teniendo en cuenta el horizonte de un ejercicio político internacional que se supone

distante de los arreglos de las politiquerías locales; el pueblo tiene derecho a esperar también que las críticas hechas al gobierno actual, durante la contienda electoral, no sean demagógicas, sino que se manifiesten en acciones correctivas de las limitaciones señaladas.

Para los creyentes, se juega un campo de opciones y compromisos en cualquiera de las hipótesis. Es allí, en ese campo, donde la fe debe ejercer su función iluminadora, purificadora de motivaciones egoístas, dinamizadora de un espíritu de solidaridad. Esto supone crecer todavía más en el camino de reflexión y de praxis cristiana en una nueva etapa que produce el camino ya emprendido desde Medellín y constantemente alimentado por Centros de Reflexión, por iniciativas populares que han resuelto parcialmente la urgencia del hambre; y por el compromiso de tantos agentes de pastoral diseminados por todo el territorio nacional.

Nuevos matices políticos en un contexto bélico

CUANDO habíamos terminado de escribir estas reflexiones surge un nuevo hecho: el conflicto bélico entre Perú y Ecuador por motivos de demarcación fronteriza. Este hecho vuelve hasta incierta la fecha misma fijada para el 9 de abril como día de las elecciones.

El conflicto tiene raíces latentes por los «derechos» que cada país contrincante defiende ardorosamente: el Protocolo de Río de Janeiro de 1941 determinaba finalmente las fronteras. Ecuador cuestiona ese protocolo y suscita la crisis de confiabilidad en las mediaciones internacionales de paz. Perú defiende el protocolo. Pero hay 78 kilómetros de la frontera todavía por delimitar, y acciones bélicas que se prolongan a pesar de la declaración de Itamaraty, Brasilia, para el cese del fuego por ambos lados.

El hecho no es sólo militar; en el momento actual tiene una gran incidencia política. La crítica al «candidato Fujimori» resta apoyo nacionalista y, viceversa, las acciones presidenciales se mezclan con la imagen política de un candidato a re-elección. Lo cierto es que una situación bélica puede destruir muchas de las conquistas económicas que habían sido logradas por Fujimori, y frenar un proceso de desarrollo dolorosamente conseguido.

Una vez más se hace patente que el progreso de América Latina ha

de hacerse por un camino donde avancemos juntos. 78 kilómetros de frontera no justifican para ningún país una aventura que puede ser muy cruenta y marcar resentimientos en pueblos hermanos para muchas décadas. Una vez más, la común fe cristiana de las dos naciones parece no responder creativamente a los desafíos históricos, y la ilusión de una Patria Grande, avistada en Medellín, se aleja del horizonte de la historia y se difumina a lo lejos.